

## La vieja voz de los paisajes: las casas salineras de la bahía de Cádiz hoy

JUAN MANUEL SUÁREZ JAPÓN

### RESUMEN

La secular explotación de las salinas en la Bahía de Cádiz dio origen a un singular tipo constructivo de carácter funcional, las casas salineras, al servicio de la actividad económica de las salinas y de las personas que en ellas trabajaban. El presente artículo representa una indagación sobre este tipo de construcciones y sobre su estado actual de conservación, reclamando una mayor atención a su conocimiento y mantenimiento como un bien patrimonial ligado al paisaje y la historia de la comarca.

### PALABRAS CLAVE

Paisaje, Bahía de Cádiz, casas salineras, arquitectura funcional, patrimonio histórico.

# The old voice of the landscapes: the salt houses of the bay of Cadiz today

JUAN MANUEL SUÁREZ JAPÓN

## ABSTRACT

The centuries-old exploitation of the salt mines in the Bay of Cádiz gave rise to a unique type of functional construction, the salt houses, at the service of the economic activity of the salt mines and the people who worked in them. This paper represents an investigation into this type of construction and its current state of conservation, demanding greater attention to its knowledge and maintenance as a heritage asset linked to the landscape and history of the region.

## KEY WORDS

Landscape, Bay of Cádiz, salt houses, functional architecture, historical heritage.

## INTRODUCCIÓN

Durante un tiempo estuve trasladando en mis clases una idea que, no por evidente, se manejaba en los análisis de las realidades geográficas. La integraba en las reflexiones generales acerca del valor del paisaje, insistiendo en que, en ellos, además de su realidad visible, “fotografiable”, se contienen otras dimensiones, no visibles, pero igualmente importantes para su comprensión. El paisaje es, esencialmente, una síntesis de elementos que confluyen en él y se organizan de un modo determinado. Y en esa conformación ha estado siempre presente el factor tiempo, lo que nos exige analizar siempre cómo han evolucionado hasta adquirir la fisonomía que tenemos ante nosotros. Los aportes naturales, la geología, el clima, las aguas presentes o ausentes, las formaciones vegetales resultantes son —en mayor o menor grado— los creadores del paisaje y todos estos elementos pueden aparecer más o menos transformados por la mano del hombre, que provoca en ellos efectos constructivos o destructivos. Y todo ello queda reflejado en el paisaje como las páginas que forman parte de un libro. Por ello, —solía insistir— aunque el paisaje se nos manifieste en cada momento con la apariencia de algo estático, inmutable es, sin embargo, una realidad dinámica, histórica, y nuestros análisis deben trascender los elementos evidentes para integrar en ellos esa otra dimensión. Cada paisaje tiene su “biografía” y debe ser analizado teniendo en cuenta sus orígenes, el grado de evolución de sus componentes y las dinámicas y procesos que los llevaron hasta la realidad actual.

Los paisajes no sólo “se ven”, sino que pueden “leerse” y escuchar también las voces que desde él nos hablan. Para ello, es indispensable admitir que en cada paisaje coexisten esas dos realidades: una física, observable, tangible, y otra no visible, subjetiva, pero integrantes inseparables del mismo. Y para conectar con esa percepción subjetiva, es decir, a lo no visible, es indispensable poseer al menos unas noticias básicas sobre su pasado, su historia, e incluso conocer, —si las hubiese— las percepciones que del mismo han tenido otros observadores concretos que recibieron esos mensajes y han sabido expresarlos a través de la pintura o de la literatura. Esas visiones añaden elementos a la realidad de cada paisaje y los enriquecen. ¿Es igualmente percibido el paisaje de la bahía de Cádiz, si se tienen o no nociones de la existencia de sus redes de caños y salinas, de sus blancas pirámides de sal recortadas sobre el horizonte y de sus arquitecturas, de su gestación geológica, la historia de sus asentamientos humanos, el flujo dominante de sus vientos, la centenaria dedicación de sus poblaciones a la explotación de sal? ¿Vemos el mismo paisaje si conocemos o no los términos precisos del peculiar vocabulario salinero? ¿es igual nuestra percepción de este paisaje si conocemos la obra de Rafael Alberti que si no se la conocemos?

Cuando mediados los años setenta llegué a Cádiz para desarrollar mis trabajos docentes ya estaba centrado en la que habría de ser mi tesis doctoral, un estudio que “se alejaba del mar” y se dedicaba a estudiar los asentamientos rurales de la Sierra de Cádiz y, en general,

los paisajes de aquellas serranías de tan agrestes morfologías y de tan densas historias. Era otro territorio bien distinto a la bahía, pero allí estaban también las huellas que los hombres habían ido dejando en su paisaje, creando arquitecturas singulares adaptadas a sus complejas topografías y a sus funcionalidades ligadas a una actividad esencialmente ganadera. Sin duda en esa decisión jugó el hecho de que el silente universo de las arquitecturas populares o vernáculas me había atraído siempre, porque en pocos elementos paisajísticos se muestra tan claramente la resultante del eterno diálogo entre los hombres y los territorios en los que se asientan. Y quizás por ello, cuando comencé a moverme por la bahía, —ya por obligación o por puro deleite— las casas salineras atrajeron mi atención de un modo muy prioritario.

Sobre la llanura azulada, recortadas sobre el horizonte, las casas salineras se elevaban, blancas y nítidas, elegantes y geométricas, hablándonos de un pasado floreciente, pero que no ocultaba ya las huellas visibles de los primeros abandonos. Eran el símbolo de las actividades de sus hombres, de los seculares modos de vida que acogió aquella bahía atlántica. Plasmaban en sus nombres —“Sta. Teresa”, “La Pastorita”, “Bartibás”, “Tres Amigos”, “Corazón de Jesús”, etc., y también en sus formas, una hermosa síntesis de cultura y de naturaleza, de tal suerte que parecían inseparables la una de la otra. Naturalmente, yo ya sabía que este no era un hecho predicable solo de las casas salineras gaditanas, sino común a las casas vernáculas del mundo en general, que son *“tan del paisaje como los árboles o los montes; son casi vegetación”*, en palabras de García Mercadal.

Quizás por ello, aquellas casas me producían el mismo grado de seducción que el resto del paisaje de la bahía que las contenía, pero cada vez que me detenía para acercarme a ellas, me dolía comprobar que la mayoría de ellas estaba abandonada a su suerte, reclamando una atención y un cuidado que, por lo que fuese, no llegaba a conseguirse. Veía sus porches, sus azoteas con sus resaltes clásicos, admiraba la ingeniosa solución de los aljibes sobre la superficie, de los contrafuertes y de tantos otros elementos constitutivos de las casas, en todos los cuales afloraba la carcoma de la desidia y el avance del desgaste que el medio, físico y humano, provocaba en aquellos paramentos de materiales tan frágiles. Dentro de su modestia, aquellas casas mostraban una orgullosa defensa de valores estéticos, arquitectónicos y geográficos, pero emitían también una voz que era una llamada de auxilio. A la vista de todo el mundo, muchas de aquellas viviendas estaban o abandonadas, o sujetas a las mutaciones que los hombres estaban produciendo en ellas, adaptándolas a las nuevas situaciones, a las nuevas prácticas económicas que vinieron a ocupar el espacio dejado por las tradicionales salinas y que planteaban nuevas exigencias funcionales.

Impulsado por esas sensaciones, inicié un estudio sobre la realidad de estas arquitecturas salineras. Me rodeé de un buen número de estudiantes, que se sumaron a mis deseos de intervenir en algún modo de rescate de esos amenazados elementos del patrimonio cultural.



De ese modo, mi estudio sirvió como prácticas docentes a través de las cuales ellos conocieron métodos de trabajo en el espacio y de documentación de los hechos que nos interesaban. El fruto final es conocido: “*La casa salinera en la bahía de Cádiz*”<sup>1</sup>. Como sustrato de dicho estudio, como una de sus justificaciones —e incluso necesidad—, estaba esa certeza de que asistíamos al vértigo de ver cómo se estaba perdiendo un patrimonio cultural extraordinario. Me decidí a hacerlo porque siempre pensé que ese estudio, pese a las deficiencias que se le pudiesen atribuir, al menos sería el testimonio de un momento en un proceso de pérdida patrimonial, remitido a fechas concretas, en las que todavía pareciera que los procesos de abandono y de degradación podrían tener remedio.

El estudio confirmó muchas de nuestras presunciones. En efecto, la casa salinera de la bahía de Cádiz ofrecía una compleja y rica lección de arquitectura y una certera distribución de sus espacios internos capaces de responder a las demandas de los salineros que las habitaran y de acoger a las reatas de sus ganados, a mantener secas las hierbas para alimentarlos. Frecuentaban una orientación a salvo de los embates del viento húmedo de los inviernos

---

1 Sevilla (1989). Coeditada por Diputación de Cádiz, Consejería de Obras Públicas de la Junta de Andalucía y Fundación Machado. Sevilla 124 pags.

y un prodigioso sistema de captación de aguas pluviales y almacenamiento en aljibes elevados, a los que se accedía por leves escaleras adosadas<sup>2</sup>. Pero, además, era admirable cómo en aquellas construcciones aisladas en mitad de la marisma, las casas no renunciaban a integrar elementos ornamentales como los que en aquellos mismos momentos se usaban en los caseríos urbanos que las orillaban. Mostraban la sobria elegancia de sus pretiles y sus adornos encalados, como lecturas ingenuas de los esquemas neoclásicos que impregnaban a las contemporáneas arquitecturas urbanas de Cádiz, de Puerto Real o de San Fernando. Eran síntesis admirables de las necesidades de los salineros y también de sus deseos de conseguir elementos ornamentales que dieran valor a sus viviendas. Pero todas ellas, asomadas a los caños de Zurraque o cerca de Zaporito, o no lejos del molino de mareas de Río Arillo, dispersas por la marisma que cierra la Bahía, desde Puerto Real a Cádiz, al borde las nuevas y enloquecidas autovías, esas casas salineras agonizaban ante la general indiferencia.

## UN PAISAJE DE VIENTOS, SOL Y MARISMAS

Fue preciso que pasaran, lentas y silentes, las infinitas horas geológicas para que todo aquel espacio se formara. La parsimoniosa constancia del mar y el trabajo de algunos ríos modestos del noroeste gaditano concertaron sus dinamismos erosivos para que se arrancaran los materiales arenosos precisos para crear el tómbolo, para construir una frágil red de dunas y, en definitiva, para dibujar el perfil litoral de la bahía. Dentro de este saco azul de aguas, en parte aisladas de la mar oceánica por la tenue línea de un cordón de arenas, se creó un espacio de remansos, de bajos fondos, de ausencia de derivas, que permitió que fueran emergiendo mantos de lodos con los que el borde costero interior de la bahía fue poco a poco configurándose definitivamente.

Este gran lodazal salobre que los siglos fueron creando fue dando sus formas a las marismas gaditanas, ese espacio dual de mar y tierras, ese híbrido geológico donde se conjuga un complejo dinamismo de caños y mareas —con la arteria vital del Sancti Petri—, que alternativamente cubren o liberan a buena parte de las zonas emergentes. La marisma gaditana —como es general en todas las marismas— es un marco espacial en el que están en juego difíciles equilibrios. Y fueron, por mucho tiempo, lugares repulsivos a la ocupación humana, a no ser que estuviesen ligadas a ciertos modos de capturas cercanas, meros hábitos recolectores que definieron a los más remotos estadios de las culturas del hombre.

---

2 Dedicué a este elemento un artículo, titulado "El aljibe, un elemento identificador de la casa salinera en la Bahía de Cádiz". Sevilla (1988). *Revista El Folk-lore Andaluz*, Nº 2. Fundación Machado, págs. 221-229. (Publicado también en la Revista *NARRIA. Estudios de Artes y Costumbres Populares*, Nº 69-70. Museo de Artes y Tradiciones Populares. Universidad Autónoma de Madrid. 199, págs. 9-13).

Casi 9000 Has. de estas nuevas emergencias terrestres “ganadas al mar” constituyen las marismas gaditanas, ubicadas entre las desembocaduras del Guadalquivir y del río Barbate y en cuyo interior se dibuja el recinto marino de la bahía de Cádiz. Y seguramente fue aquí, en cualquiera de estas ciénagas, donde comenzó todo. Aquí los hombres pudieron observar cómo la repetida conjugación de los frecuentes vientos de levante y la persistencia del sol hacían aflorar, de un modo regular, espontáneo y no exento de misterios, una blanca lámina de sal por encima del espejo de las aguas remansadas de aquellos espacios marismenios. Después, ya solo le fue preciso ponerse manos a la obra para ayudar con sus manos a estos certeros y naturales mecanismos productores. A partir del momento en que los hombres comenzaron a intervenir en el proceso, fue naciendo un paisaje igual y distinto, porque la acción del hombre lo había convertido en el paisaje cultural de las salinas, con todas las complejas huellas de sus actividades. Con el tiempo este “*salinar*” acabaría siendo uno de los elementos identificadores de la realidad humana de estas tierras costeras del Atlántico gaditano<sup>3</sup>.

Los caños y esteros fueron transformándose en lucios, en vueltas de afuera y de adentro, en las *tajerías* hasta las que se hacía llegar el agua empujada por los flujos mareales. Las salinas trazaron sobre las marismas originarias un complicado laberinto de canalillos capaces de domeñar el agua, de retenerla hasta hacerla dejar su blanco y preciado fruto de sales. Las salinas crearon, sobre el sustrato geológico del barrizal salobre, una exacta relojería productiva, una peculiar “agricultura mineral”, como de forma tan precisa la llamara Pedro Payán, una actividad que a su vez engendró también una particular forma de vida y una cultura específica.

Las repetidas referencias documentales sobre el activismo gaditano en las salazones, y más concretamente con la fabricación del *garum*, nos anima a suponer un origen extraordinariamente lejano para estas prácticas de la extracción de sal en estas marismas de Cádiz. Toda la densa historia universal de la sal, de su importancia estratégica y vital, de los férreos controles estatales a su explotación, de su condición de producto capaz de otorgar a las cosas su valor de cambio, ha tenido, sin duda, un capítulo de notorio interés en estas costeras residencias gaditanas. Mas, es desde finales del siglo XVIII cuando estas transformaciones de las marismas en salinas iniciaron un periodo de auge, cuyas mayores intensidades se alcanzarían

---

3 Las salinas son realmente estructuras de apariencias sencillas pero que encierran una notable complejidad. Todo el sistema está concebido para hacer llegar el agua marina hasta los espacios concretos donde se producirá la obtención de la sal, las llamados “tajerías”, y ello se realiza mediante una red complicada de lucios, de caños, de canales que se retuercen, las llamadas “vueltas de periquillo”, reduciéndose progresivamente en todos ellos el calado, favoreciéndose la evaporación y, por consiguiente, elevando el grado de salinidad del agua. Más detenidamente me he ocupado de estas descripciones en las páginas 36 – 43 de mi estudio sobre el caserío salinero y también pueden verse a este mismo propósito los estudios de Barragán Muñoz (1983 y 1996).

hacia mediados del siglo XIX. Es ahora cuando las roturaciones se multiplican (en toda la Bahía se cuentan 66 salinas censadas en 1823, y en 1880 eran ya 130), lo que lleva al Informe de Almeyda Benitez (1881) a hablar de un “furor salinero”, y a señalar ya la precoz aparición de ciertos desajustes en la frágil dinámica de estas marismas ahora alteradas, como los ostensibles aterramiento de los canales y de los fondos, algo en lo que años más tarde insistiría Eduardo Benot (1885)<sup>4</sup>, indicando ambos que las causas de tales alteraciones se hallaban en las intensas transformaciones a que se estaba sometiendo a la marisma.

Así surgió el paisaje salinero de Cádiz. Desde entonces discurrió, de un modo general y constante, este modo de vida, este diálogo de los hombres con el entorno del que eran frutos la existencia de esos ámbitos salineros. Se multiplicaban los perfiles blancos de los montes de sal sobre el horizonte y, junto a ellos, los rectangulares caseríos, asentados en la llanura, hasta el punto de parecer que navegaban sobre la marisma. Por sus canales iban y venían a los “*can-drays*”, con sus dobles proas, y por los límites terrizos, entre caños y esteros, pasaban cargadas las vagonetas albertianas, de “*nieve salada*”. Pero también se veían a los “*hormiguillas*” tirando de las reatas de burros que eran también eficaces medios para trasladar esta blanca cosecha del mar. Y así fue hasta que las competencias sobrevenidas con los nuevos tiempos irían marginando a este tipo de explotaciones y convirtiendo al *salinar* tradicional en un reducto de prácticas anacrónicas, que cada vez más dejaban de ser de interés económico para serlo de interés etnográfico. Y llegaron los días en los que, abandonadas la mayor parte de las salinas tradicionales —con solo algunos focos residuales en activo—, las marismas gaditanas se aprestaron a abrirse a los nuevos retos de la piscicultura y, ya entonces, una mirada nostálgica y arqueológica nos fue quedando para retener en la memoria colectiva los rasgos milenarios de la cultura de la sal.

## ALGUNAS CLAVES METODOLÓGICAS PARA EL ANÁLISIS DE LAS CASAS SALINERAS

Las arquitecturas tradicionales admiten diferentes enfoques analíticos e interpretativos que han ido definiendo su valor para las ciencias sociales. De un modo resumido, para el primero de ellos, que podríamos definir como “*precientífico*”, las casas rurales son un elemento más, inserto en la yuxtaposición de los otros elementos que configuraban la realidad. Los

---

4 El estudio de Benot (1885) aludía precisamente al deterioro que las continuas roturaciones de nuevas salinas estaban produciendo en los caños que alimentaban las marismas gaditanas. Estos caños se estaban viendo profundamente alterados, aterrándose progresivamente y reduciendo sus calados, precisamente como consecuencias del movimiento de tierras y de las modificaciones introducidas en estos frágiles espacios por la referida creación de salinas. Barragán Muñoz (1996), por su parte, en el estudio que seguramente es la más completa aportación al conocimiento de estos hechos, ha recogido los datos de la primera Anotación Registral de numerosas salinas gaditanas y en todos los casos se alude a que los espacios ocupados eran “tierra que baña el mar”, “terreno anegadizo”, “terreno salitroso” (pág. 41), etc., todos los cuales aluden, en efecto, a su condición de marismas naturales previas a las transformaciones en salinas.



acercamientos a las mismas conducen a la elaboración de inventarios y tipologías más o menos pintorescas. Un enfoque posterior, de carácter etnográfico, la integran en la llamada “*geografía de las primeras necesidades*” (J. Bruhnes), con el mismo valor y significado que los vestidos o los modos alimentarios. Por último, el análisis se vincula a planteamientos funcionales: las casas tradicionales expresan el modo de vida de la comunidad que las crea.

En efecto, una infinidad de aspectos definidores de los distintos modos de vida están presentes en la casa popular, desde los materiales constructivos o la orientación dominante que la vinculan al medio físico, hasta sus diferencias escalas, que reflejan las escalas sociales y económicas de la comunidad en la que integran. Y sin olvidarnos de la integración en ellas de elementos estilísticos y ornamentales que rigen las tradiciones y formas culturales dominantes en cada caso. En palabras de Pierre Gourou (1979), el maestro de la Geografía rural francesa, “*la casa rural tradicional precisa en qué medida intervienen los factores físicos y los factores de la civilización en la configuración del paisaje humano*”, y otro gran maestro de la Geografía gala, Pierre Deffontaine (1972), insiste en que “*la casa es el reflejo de la vida de esos hombres, de sus esfuerzos, de sus pensamientos, de su grado de evolución*”.

Estas aproximaciones teóricas han concluido en posiciones de tipo “organicistas”, según las cuales las casas tradicionales son “*organismos funcionales*”, es decir, sus formas y su estructura responden puntualmente a las demandas que plantean sus moradores. Estas tipologías de casas son, por ello y a la vez, viviendas que acogen al núcleo de sus habitantes y que prolongan

sus labores concretas. Es de la suma de estas dos funciones de las que, tras un largo de ensayos y adaptación, acaba concretándose un tipo de vivienda que responde y se adapta a las prácticas económicas de sus moradores. Las casas tradicionales campesinas —y este esquema es plenamente válido para el análisis de las casas salineras— son, pues, como un apero más al servicio del trabajo de sus dueños, que las han construido del mejor modo para que respondan a sus necesidades de vida y trabajo. Pierre George, otro de los grandes maestros de la Geografía Humana, ha sintetizado estas ideas afirmando: “*en la medida en que es una vivienda rural, está sometida a dos categorías de condiciones: construida por los propios campesinos es un producto de la civilización técnica regional y de los materiales locales, pero destinada a cobijar no solamente la célula social rural sino un complejo de producción, está adaptada al sistema de cultivo o cría de ganado actual o pretérito; la casa rural es siempre el símbolo de tal sistema*”<sup>5</sup>.

A partir de la aceptación de estas ideas “*organicistas*”,<sup>6</sup> Albert Demangeon<sup>7</sup> elaboró su conocida clasificación tipológica, distinguiendo, dentro de la variabilidad inevitable de casos, la preeminencia de dos modelos: los que él llamó “casas bloques” y “casas de corral”, ya fueran estos abiertos o cerrados<sup>8</sup>. Las síntesis demangeonianas tuvieron una general aceptación por parte de su comunidad científica y han sido aplicadas desde entonces en numerosas monografías centradas en las arquitecturas populares<sup>9</sup>. Pero, más allá de cualquier precisión o matización que pudiera plantearse a la misma, lo destacable es que su enfoque está centrado en esa correlación “función-forma”, es decir, la conexión entre las estructuras formales y las funciones que las casas estaban llamadas a satisfacer. Es un enfoque que, además, permite también analizar y comprender sus procesos evolutivos, pues la una —la estructura— tendrá que estar siempre sujeta a los posibles cambios en lo otro —la función—<sup>10</sup>.

---

5 Y es evidente que todas estas consideraciones respecto a las casas rurales pueden ser de aplicación al estudio de las casas salineras, que son los símbolos de esa actividad que P. Payan calificó como “agricultura mineral”.

6 El término hace referencia a una analogía entre los órganos de los seres vivos, que adecuan sus formas a sus funciones, y lo que explica la arquitectura y las dinámicas de las casas tradicionales.

7 Quizás llame la atención la reiteración en autores franceses. La verdad es que fueron ellos los que sistematizaron el estudio de este elemento del paisaje rural. En el caso español, cuando yo emprendí el estudio de la tesis doctoral (1976), la única publicación era un estudio de profesor José Manuel Casas Torre, dedicado a la huerta de Valencia y todavía muy centrado en los aspectos tipológicos y al margen de los planteamientos funcionales que vinieron luego.

8 Albert Demangeon dedicó a este asunto de las arquitecturas tradicionales varios trabajos que fueron reunidos en su libro *Principios de Geografía Humana*, traducido al castellano por Omega, 1948.

9 Es la metodología que apliqué a las casas de las salinas gaditanas, en mi libro ya citado. Y es muy grato reconocer que estudios posteriores la han seguido aplicando igualmente.

10 Este punto de vista analítico que relaciona la forma a la función tiene un apoyo analógico en los propios órganos del cuerpo humano que, llevado por su evolución, han adquirido sus formas actuales. De ahí que esta metodología haya sido denominada como “organicismo funcional”.

## EL LENTO DECLIVE DE LA “INDUSTRIA SALINERA” GADITANA

El término “*industria*” se ha aplicado habitualmente para designar al tipo de práctica económica que se ha desarrollado sobre los espacios mareales de la bahía gaditana; en efecto, “*industria extractiva*” o “*industria de la sal*”, han sido formas cotidianas de referirse a estos modos de explotación que, tomando como base la conjunción en estos espacios de las aguas salobres de esteros y caños con las altas frecuencias de los flujos de vientos y de horas de sol, producían cada año su blanca costra de sales, un producto preciado y escaso, por muchos años fuertemente demandado y valorado. Pero, pese a esa persistencia en el uso popular del término “*industria*”, es lo cierto que las actividades de extracción salinera poseen rasgos que son muy afines a las puramente agrícolas y es por ello por lo que el estudio de las casas que nacieron y sirvieron a estas producciones salineras puede acogerse, sin conflicto alguno, a las mismas metodologías utilizadas para las arquitecturas rurales.

En efecto, la extracción de la sal posee no pocos elementos comunes con las prácticas agrarias. El trabajo de las salinas se desarrolla con una muy directa dependencia de las condiciones naturales, es decir, requiere la presencia de determinadas componentes puramente físicas. Por otro lado, la salina es como los espacios agrarios y como ellos es el fruto de unas roturaciones, de creaciones y de transformaciones efectuadas por los hombres sobre espacios vírgenes, algo que en el caso gaditano está suficientemente constatado por numerosos estudios que van desde los más lejanos y ya clásicos de Eduardo Benot (1885), hasta las recientes aportaciones del grupo de investigación coordinado por el profesor Barragán Muñoz (1996).

Las salinas, como los campos de labor, dejan finalmente sus cosechas de sales después de no pocas labores de preparación y mantenimiento y exigen también una constante atención incluso en las etapas de pausas productivas. De ahí que, aunque la tradición salinera haya acuñado el término de industria, nosotros aceptamos aquí la denominación que propone el profesor Pedro Payán (1987), la de “*agricultura mineral*”, pues bajo la apariencia de esa contradicción de términos se resume muy bien la característica esencial de estas realidades.

Sobre estos espacios y al servicio de estas funciones fue surgiendo una dispersa floración de casas, de edificaciones que, sobre esas llanuras marismas de la bahía de Cádiz significaron muy pronto un elemento fundamental en la configuración de su paisaje, un rasgo visible que manifestaba, más que ningún otro hecho, la ocupación que los hombres estaban realizando de estas superficies “*anegadizas*”, de estas hibridaciones de la tierra y el mar, de estos laberínticos médanos de caños y de esteros. Es cierto que “*la imagen de estas salinas, de sus inacabables retículos de aguas, de sus montículos blancos y piramidales de sal, de sus airosos y aislados caseríos bajo las transparencias de la luz de este rincón del sur... es percibida de forma tan nítida como integrante de esta realidad económica y cultural de la bahía gaditana,*

*parece “tan natural”, que cuesta trabajo admitir esta reflexión elemental acerca del carácter antrópico y no espontáneo de estas explotaciones”* (Suárez Japón, 1989; 38-39).

En el mismo sentido apunta Barragán Muñoz (1996, 37), cuando admite que, aunque estas salinas hayan alterado el medio marismero original, sin embargo no lo han “*desnaturalizado*”, y que “*si se analizan los componentes abióticos y bióticos de una marisma salinera en contraste con la natural surgen de manera inmediata muchas de las semejanzas que explican su completa integración en el paisaje*”. Tal vez por ello, en un paisaje de tales características, donde lo roturado permanece tan cercano a lo natural, las arquitecturas cobren una superior importancia como señal de esa presencia y de esa acción de los hombres. Así ocurre aquí sin duda y, aún desde su modestia, estas casas salineras vinieron a ser la palpable manifestación de las presencias humanas sobre este territorio y de sus actividades y modos de vida.

El conocimiento del que hoy disponemos acerca de los momentos históricos y de los mecanismos en que esta ocupación de la marisma gaditana comenzó a producirse nos sirve para situar la génesis de estas tipologías arquitectónicas y para aventurar ciertas explicaciones para alguno de sus rasgos identificadores. En este aspecto, cualquier aproximación que podamos hacer al conocimiento de esa dimensión temporal o genética de las arquitecturas salineras gaditanas, nos conduce a una aparente sorpresa. De una parte, es conocida la importancia que la sal ha tenido históricamente, su condición de valor estratégico e incluso de valor de cambio (Altamira, J., 1948; Stocker, J., 1949; Val, J.M., 1948); de otra parte, el que pese a sus innegables potencialidades que aquí se daban para ser explotadas solo comenzaron a serlo con cierta intensidad desde el siglo XVIII, en un proceso cuya culminación pareció producirse en la segunda mitad del XIX, ya que, según las puntualizaciones aportadas por Barragán Muñoz, “*la imagen final de paisaje salinero que hoy se conoce, con bastante aproximación fue rematada en torno a 1870-1880*” (1996; 35).

En efecto, resultan ampliamente conocidas las intensas actividades de salazón de pescados y fabricación de “*garum*” que se desarrollaron en estos litorales atlánticos desde épocas muy remotas (Herrero Lorenzo, M. P., 1981; García Bellido, A., 1942) y que nos hacen suponer, con fundamento, que las extracciones de sal fueron practicadas en estas costas gaditanas. Pero todo intento de reconstrucción del proceso de ocupación de las marismas de su bahía y de su transformación en salinas nos conduce a los tiempos medios del siglo XVIII (Torrejón, J., 1996) y sobre todo a ese momento del antes citado “*furor salinero*”, del que habla Almeyda (1881), que se desencadenó desde que en 1869 la Ley de Minas declaró la venta de todas las salinas del Estado y dejó en mayor grado de libertad la fabricación y venta de la sal. En un Informe del Cabildo de San Fernando, fechado en 1811, se advertía a los salineros acerca del cuidado que debían mostrar en sus labores para no perturbar la libre circulación de las aguas por los caños. El mismo documento, no obstante, señala que las salinas existentes son 22 que, no obstante, proporcionaban el 23’5 % de la producción salinera



nacional (Suárez Japón, J. M., 1989; 52 y sgtes.). Años más tarde, en el ya citado estudio de Eduardo Benot, publicado en 1885, se precisa que las salinas en 1823 eran 66, y en 1880 pasaron a ser 130, es decir, que se habían duplicado en un periodo de apenas sesenta años.

El paisaje salinero de la bahía de Cádiz se gesta así, de tal modo que en 1880 la marisma está ya casi totalmente ocupada, iniciándose dicha colonización por los espacios mareales del fondo de saco de la Bahía y avanzándose después hacia el interior aprovechando como ejes la red de esteros y de caños, especialmente el de Sancti Petri, verdadera arteria vital de esta marisma gaditana. Se trata de un territorio de unas 5.000 Has., enmarcado entre diversos e importantes núcleos urbanos: Cádiz, Puerto Real, San Fernando y Chiclana. No obstante, y pese a las moderadas distancias existentes entre las explotaciones salineras y estos núcleos urbanos, las condiciones naturales de esos territorios anegadizos hacían muy dificultosos los desplazamientos<sup>11</sup>, y quizás por eso los salineros optaron por construir sus viviendas en las propias parcelas del salinar que explotaban, dando así lugar al nacimiento de ese disperso caserío, cuyas tipologías han venido después a convertirse en elementos y referencias en la

---

11 Los desplazamientos entre los núcleos urbanos de la corona exterior de la Bahía y las explotaciones salineras debían hacerse a través de los caños, en embarcaciones que servían al mismo tiempo para transportar las cosechas de sales y sacarlas al exterior para su comercialización (el llamado *candray*, barco de doble proa, era el más popular y frecuente). Así mismo, recuas de asnos aparejados con grandes serones eran también un medio de transporte muy utilizado, e incluso en algunos momentos y explotaciones se instalaron pequeñas vagonetas que circulaban sobre raíles *ad hoc* (vid. Suárez Japón, 1989). Todas estas razones, más la de la intensidad y concentración del trabajo, aconsejaban una presencia continuada de los salineros en sus explotaciones y, en consecuencia, la construcción allí de sus viviendas.

identificación del paisaje marismeño gaditano.

Mas, ya en el momento de realizar el intenso trabajo de campo que nos permitió el establecimiento de esas tipologías<sup>12</sup>, el estado de conservación de las casas era lamentable y los signos del abandono y la degradación se manifestaban claramente<sup>13</sup>, salvo en algunos pocos casos en los que el mantenimiento de la actividad productiva —solo 15 explotaciones en el momento de hacer nuestra investigación— había conservado mejor la casa. Hoy, casi treinta años después, se han ido cumpliendo los peores presagios y, salvo los pocos casos de las que han sido sometidas a diferentes formas de protección, el caserío salinero está prácticamente desaparecido. El paso de las viejas salinas a espacios de piscifactorías ha estado tras la culminación de este proceso de degradación. El paso —tal vez inevitable— de las producciones de blancas cosechas de sales para acoger las modernas explotaciones de acuiculturas (vid. Barragán Muñoz, 1996) ha supuesto en muchos casos la gota final del abandono.

En general, en las casas salineras de la bahía gaditana sucede como en la mayor parte de las arquitecturas tradicionales o vernáculas, ligadas a modelos sociales y económicos que han desaparecido o que se han transformados radicalmente. Ofrecen la reiteración de unos pocos tipos básicos que, con ligeras variantes, se convierten en modelos válidos para comarcas que acogen homogéneos modos de vida en regresión. En todo caso, la fijación de los modelos a partir de los cuales se establecen las tipologías de las arquitecturas populares no han dejado de suscitar controversias<sup>14</sup>. En nuestro estudio del caserío de la bahía de Cádiz seguimos a A. Demangeon y a sus dos tipos esenciales, las llamadas “*casas bloque*” y las

---

12 El trabajo se realizó a lo largo de los años 1987 y 1988. Rastreamos el espacio, analizamos viviendas y levantamos croquis básicos de sus planos, que fueron luego analizados y posteriormente sistematizados. Ya entonces, el número de casas abandonadas era muy elevado y el grado de deterioro de la mayor parte de ellas muy notable.

13 Nuestro análisis se entró en 58 viviendas salineras, que representaban casi el 90 % de las que en esos momentos se mantenían en pie. De ellas, el 58 % estaba claramente en ruinas, siendo las de los municipios de Chiclana y Puerto Real las que ofrecían un peor estado. Solo el 23 % presentaba un estado de conservación calificable como bueno, aunque muchas de ellas ya entonces no estaban habitadas. Nuestra encuesta nos señaló tan solo 10 casas que estaban habitadas de modo habitual.

14 Los primeros ensayos, todavía con excesiva presencia de las reminiscencias deterministas, se centraban en las tipologías basadas en los materiales constructivos; así, Tricart distinguía las casas de piedra, las de maderas, las de adobes, etc., en relación distintos medios bioclimáticos. Tal propuesta era duramente criticada por P. Gourou (1976), quien no aceptaba el establecimiento de tipologías de casas tradicionales a partir del análisis de uno de sus elementos y postulaba un análisis de las casas en su globalidad. Por su parte, J. Robert (1972) planteó una clasificación a partir de las técnicas de sustentación, hablándonos de casas adosadas, casas elevadas, etc., y más tarde el mismo autor optó por centrarlas en las edades y el consiguiente grado de conservación: casas antiguas, originales, nuevas, renovadas, etc. Entre nosotros, en la tradición analítica de las casas rurales, el enfoque organicista, es decir, de adecuación de las formas a las funciones, planteado por Albert Demangeon, es el más adecuado.

“*casas de patio*”, siendo las primeras las más abundantes<sup>15</sup>. En sus dos tipos, las dimensiones son reducidas y con mucha frecuencia son de disposición rectangular y protegidas por contrafuertes. Comparten su espacio interior entre estancias de vivienda y otras dedicadas a ayudar a las labores del salinero. Se rematan en azoteas con pretiles que, a veces, incluyen ornamentos de cierto porte clásico. En algunos casos se integran cuadras y jamás falta en ellas el peculiar aljibe construido en superficie.

## ¿ESTAMOS ANTE UN FINAL INEVITABLE DEL CASERÍO SALINERO DE LA BAHÍA GADITANA?

Desde la convicción que proporciona la observación y la experiencia, solo un horizonte posible se dibuja hoy para el futuro de estas casas salineras de la bahía gaditana y ese horizonte no admite demasiado espacio para la esperanza. Las casas salineras eran una consecuencia de los modos de vida y de las prácticas económicas que aseguraban la ocupación de la bahía gaditana. Sus formas estaban conectadas con su función, de forma tal que, a día de hoy, desaparecida esa función —según la visión “*organicista y darwiniana*” que aquí hemos adoptado—, a las casas salineras no les quedaría más camino que, o adaptarse en sus formas y estructuras a las nuevas exigencias de las prácticas de explotación sobrevenidas, o el camino lento, pero irreversible, del abandono, antesala de su desaparición definitiva<sup>16</sup>.

En el excelente estudio que realizó el profesor Barragán Muñoz (1996) se concluía de manera fehaciente la situación de este caserío del salinar de las marismas gaditanas, su presente y, sobre todo, su futuro. La inmensa mayoría de esos espacios son hoy explotaciones acuícolas. El viejo *salinar* ha quedado reducido a unas pocas explotaciones activas que, según el citado estudio, se reduciría a 11 explotaciones salineras activas en el año 1994, con solo 56 obreros empleados en las labores de producción. De estas 11 explotaciones en los términos de Cádiz y Puerto de Santa María solo había 1 en cada uno; en tanto que Chiclana conservaba 3, Puerto Real, 4 y San Fernando, 2.

---

15 No nos vamos a ocupar aquí de extendernos en el análisis de cada tipo, lo que ya realicé en mi obra citada y que ha seguido por otros estudios posteriores que se han centrado en analizar las casas salineras y los problemas de su conservación.

16 Ha sucedido en numerosos casos de arquitecturas tradicionales en muy diversos espacios. En mi caso, también he tenido la ocasión de ver cómo algunas de las casas de los pueblos de la sierra de Cádiz que había analizado en mi estudio doctoral han desaparecido totalmente.

Los viejos esteros, los caños, las “*vueltas de afuera o de periquillo*”, las *tajerías*, en suma, el complejo retículo que permitía el alumbramiento de las sales, han ido siendo transformados para albergar las producciones pesqueras. Estas nuevas formas económicas, ya claramente dominadoras de estas marismas gaditanas, poseen ante sí un futuro de desarrollo y de consolidación fuera de cualquier duda. Solo se exigen mínimos y necesarios resortes de acomodación a un espacio que figura en su mayor parte bajo la cautela protectora de la figura de Parque Natural, en la que se reclama que estas explotaciones se hagan de un modo “*racional, como garantes de la integridad física del espacio*” (Barragán Muñoz, 1996; 63). La integridad de las arquitecturas que fueron inseparables de las viejas salinas, en cambio, no parece haber suscitado la misma preocupación. A causa de su carencia de funcionalidad se fue produciendo paulatinamente el desinterés por preservar su presencia como el elemento esencial del paisaje de estas marismas y de su memoria colectiva. Son arquitecturas sobre las que no actúa ninguna figura de protección legal y, además, la inmensa mayoría de ellas —salvo algunos casos de propiedades municipales—, son propiedades privadas, lo que dificulta cualquier intento de intervención desde las instituciones públicas.

Javier Gamundi de Celis ha recogido en uno de sus escritos (*Las casas salineras y las nuevas tecnologías*, 2015) el dato significativo de que una institución como la Asociación Hispania Nostra haya incluido a las casas salineras de la bahía de Cádiz (140 construcciones de los siglos XVIII y XIX) en su lista roja del patrimonio, denunciando el estado ruinoso<sup>17</sup>. No carece de valor tal denuncia, es una llamada de atención, aunque es evidente que llega demasiado tarde. Además, se trata de una Asociación sin poder efectivo, más allá de del que se ejerza sobre las conciencias. Así mismo, este mismo autor da a conocer que la situación de las casas salineras y, en general, de otras muchas piezas del patrimonio histórico andaluz y/o español es recogida en un estudio Fin de Grado, presentado en la Escuela Técnica Superior de Ingeniería de Edificación de la Universidad de Sevilla, cuyo objetivo es “*crear una metodología de trabajo al respecto de cómo estudiar los sistemas constructivos de las casas y crear un modelo preventivo mediante sistemas informáticos BIM<sup>18</sup>, donde seamos capaces de saber cómo se van a ver afectadas en el futuro estas casas y, en consecuencia, proponer medidas preventivas al respecto*”.

Ambos datos nos ilustran acerca de manifestaciones por el estado ruinoso del caserío salinero de la bahía de Cádiz y por la presunción, fundada, de que tal vez estemos contemp-lando, desde nuestra impotencia, el fin de una fundamental página del patrimonio histórico

---

17 Las casas salineras y las nuevas tecnologías. Patrimonio La Isla (<http://www.patrimoniolaisla.com/las-casas-salineras-las-nuevas-tecnologias-avance-la-gestion-del-patrimonio-la-bahia/>).

18 Los sistemas BIM (Building Information Modeling) son softwares informáticos realizados para gestionar la construcción de los edificios al detalle. En este proyecto se pretende dar un paso más al respecto e integrarlo en la gestión patrimonial

y cultural de este rincón de Andalucía. Es una batalla que vale la pena dar. Quizás no esté todo perdido y algunos ejemplares de estas arquitecturas tradicionales puedan preservarse del olvido al que parecen condenadas. Ojalá.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMEYDA BENITEZ, J. (1881). *Memoria para la limpia de los caños de la Carraca*. Tipografía Mercantil. Cádiz.
- ALTAMIRA BOLVA, J. (1948). *La sal en el mundo*. Publ. Industria salinera. Madrid.
- BARRAGÁN MUÑOZ, JM. (1983). *Aprovechamientos marinos en los terrenos inundables de la Bahía de Cádiz*. Diputación Provincial. Cádiz.
- BARRAGÁN MUÑOZ, JM. (coord.) (1996). *Estudios para la Ordenación, Planificación y Gestión integrada de las zonas húmedas de la Bahía de Cádiz*. Oikos-Tau y Universidad de Cádiz. Barcelona.
- BENOT, E. (1885). *Memoria de la limpia de la Bahía de Cádiz y Caño del Arsenal*. Cádiz.
- COLLIN, P. (1965). *Changing Ideals in Modern Architecture (1750-1950)*. Faber-Faber. Londres.
- DEFFONTAINES, P. (1972). *L'home et sa maison*. Gallimard. Paris.
- DEMANGEON, A. (1939). *Problemas de Geografía Humana*. Paris. (Omega. Madrid. 1963).
- FEDUCHI, L. (1978). *Itinerarios de Arquitectura Popular Española*. 4 vols. Aguilar. Madrid.
- FLORIDO TRUJILLO, G. (1996). *Hábitat Rural y gran explotación en la Depresión del Guadalquivir*. Consejería de Obras Públicas y Transportes. Junta de Andalucía. Sevilla.
- GAMUNDI DE CELIS, J. (2015). *Las casas salineras y las nuevas tecnologías*. Patrimonio de la Isla.
- GARCIA BELLIDO, A. (1942). *La industria pesquera y conservera en la Antigüedad*. Investigación y Progreso. Madrid.
- GARCIA MERCADAL, F. (1930). *La casa popular en España*. Madrid.
- GOUROU, P. (1979). *Iniciación a la Geografía Humana*. Flammarion/Gustavo Gili. Barcelona.
- HERRERO LORENZO, M. P. (1981). *Estudio de las salinas de la Bahía de Cádiz*. Universidad Complutense (ejemplar mecanografiado). Madrid.
- ROBERT, J. (1972). "La maison agricole. Essai de classification et definition"; en Revista NOROIS. Nº 75.
- RUDOFISKY, B. (1964). *Architecture without architects*. Museo de Arte Contemporáneo. Nueva York.
- STOCKER, J. (1949). *Le sel*. P.U.F. Paris.
- SUAREZ JAPON, JM. (1982). *El Hábitat Rural en la Sierra de Cádiz. Un ensayo de Geo-*

- grafía del Poblamiento*. Diputación Provincial de Cádiz. Cádiz.
- SUAREZ JAPON, JM. (1988). “El aljibe, un elemento identificador de la casa salinera de la Bahía de Cádiz.”; en *El Folk-lore Andaluz*. Fundación Machado. Sevilla.
- SUAREZ JAPON, JM. (1989). *La casa salinera de la Bahía de Cádiz*. Consejería de Obras Públicas y Transportes; Diputación Provincial de Cádiz y Fundación Machado. Sevilla.
- TORREJON, J. (1996). “Apartado histórico”; en BARRAGÁN MUÑOZ, JM. (coord.). *op.cit.*, págs. 235-273.
- TRICART, J. (s/d). *L’habitat Rural*. Cours de Géographie Humaine. P.U.F. Paris.
- VAL, J. M. de (1948). *Geografía de las sales del mar*. Estudios Geográficos. Madrid.